

—¡Pobre mujer, lo comprendo!—murmuró el vicario.

—Y como yo oí á usted la otra tarde—continuó Plácida—como le oí decir en el sermón, predicando de la obra de misericordia *dar de beber al sediento*, que hay sed del alma que se apaga dándole por pasto el amor de Dios, he pensado que acaso usted, con sus hermosas palabras y con sus santos consejos, podría apagar esa sed del corazón de mi madre, que la mata.

El pastor miró absorto á la niña.

—¿Eso has pensado, hija mía?—exclamó con voz alterada,

—Sí, señor... ¿He hecho mal?—balbuceó.

—¿Mal, hija mía? ¿Puede haber algún pensamiento de los que Dios envía que sea malo? Pues Dios te ha dado á ti ese pensamiento; á ti, pobre niña, criada en los campos; ¡ah, sí, sobre ti, flor inculta y sencilla, ha vertido el dulce rocío de la poesía! ¡Tu puro pensamiento se ha elevado á las eternas regiones para buscar en ellas las fuentes de la salud!

¡Vamos, dulce paloma!—prosiguió el sacerdote.—¡Vamos, vuelve conmigo al arca, llevando el ramo de oliva! ¡Sí, tu madre tiene sed en el corazón, pero yo mitigaré esa sed! ¡Bendita seas, hija, pues por ti puedo cumplir en su más santa y hermosa acepción la obra de misericordia *dar de beber al sediento!*

IX

El vicario y Plácida llegaron en breve á la casa de esta última, mientras que Antonio y su madre departían muy animadamente acerca del futuro casamiento del joven.

Pero ya volveremos á oírles, y por ahora seguiremos al pastor de la aldea á la humilde morada de Calabaza.

Este, que ya había dado fin á su cena, salió á la puerta de la cocina al oír los pasos del señor cura y de su hija.

—Padre—dijo ésta;—ya está aquí el señor cura, que al momento ha consentido en venir conmigo; ¿ha salido mi madre del jardín?

—No, hija—respondió el buen hombre;—allí está, y por más que la he dicho no he podido hacerla mover.

—Vamos á verla, hija mía—dijo el vicario;—y tú, Mariano—añadió dirigiéndose á Calabaza—no te desconsueles, que Dios todo lo puede.

Y el santo anciano entró en el huertecillo seguido de Plácida.

Bien pronto divisaron á Bárbara que, inmóvil en el sitio que antes ocupara, permanecía con la frente apoyada en la mano.

La luna caía á plomo sobre su semblante curtido y flaco, dándole una expresión muy seme-

jante á la de esas hechiceras que nos pintan en los cuentos alemanes.

Mas ¡ay! aquella desdichada mujer, lejos de tener la maligna expresión de las magas de los cuentos, sólo dejaba leer en su pálido semblante una desgarradora expresión de pena; la brisa de aquella hermosa noche agitaba algunos mechones de sus cabellos blancos y secaba algunas lágrimas gruesas y ardientes que, como testigos de la tempestad de su alma, se desprendían de sus apagados ojos.

Absorta en sus amargos pensamientos, ni siquiera se apercibió de la entrada en el huerto del señor cura y de Plácida.

—¿Ve usted, señor?—dijo la niña con tristeza.—Parece que no ve ni oye.

—Vamos, valor, hija mía—repuso el párroco con bondad;—vete y déjame solo con ella.

Plácida obedeció, y el anciano se aproximó tanto á la pobre enferma del alma, que llegó á estar á dos pasos de ella.

Entonces la llamó por su nombre á media voz y con suavidad.

Bárbara se estremeció y volvió la cabeza.

—¿Me llamas, Mariano?—preguntó con voz apagada.

—No es Mariano, soy yo, Bárbara—dijo el vicario aproximándose más y dejándose ver por completo de la pobre afligida.

—¡Ah, es usted, señor cura!—dijo ella levantándose apresurada y con una admiración llena de respeto.

—Sí, yo soy—dijo el anciano haciéndole señas de que se sentase de nuevo, y sentándose él mismo sobre la hierba del huerto;—yo soy; me han dicho que estabas muy afligida, y como te he conocido de muchacha y te quiero, vengo á que me digas la causa de tus penas.

—¿No lo sabe usted, pues, señor cura?—preguntó Bárbara, cuyas lágrimas corrieron como un arroyo.—La causa de mi pena, de esta pena que acaba conmigo, es la ausencia de mi hijo y su ingratitud para sus padres y su hermana.

—Dios pone también su medida al dolor—dijo con dulce gravedad el sacerdote, y el que se abandona á él sin tasa es reo de su propia muerte.

—¡Ay, señor cura! ¡Era tan hermoso mi Mateo! ¡Le amaba yo tanto!—murmuró Bárbara sin dejar de llorar.—Toda mi alma está llena de su memoria, y no la puedo arrancar de ella sin que se me haga pedazos.

—Bárbara—dijo el anciano tras de algunos instantes de reflexión;—tú sabes que hay un Dios que nos ha criado y que nos ha de juzgar, ¿no es cierto?

—Dios me libre de dudar de él, señor cura—dijo la pobre mujer.

—Pues bien; si no te haces fuerte contra ese dolor, te revelas contra Dios, que es el que todo lo dispone; él ha querido que tu hijo se separase de ti; humíllate á su voluntad.

—Yo no me quejo, señor—dijo Bárbara reprimiendo su angustia;—sólo que usted no sabe cuánta falta me hace mi hijo y cuánto motivo tengo para echarle de menos.

—¿No tienes otra hija? ¿No tienes á Plácida, tan buena, tan dulce, y que será la corona de tu vejez?

Bárbara meneó tristemente la cabeza.

—¡Ah, señor cura!—dijo con desaliento.—Yo no sé lo que siento en el alma, que yo misma no me puedo explicar; es un vacío que sólo se llenaría con su cariño; es un frío tan grande, es un cansancio de la vida que no pueden remediar ni mi marido ni mi hija; ¡oh, mi hijo! ¡Mi hijo se me parecía tanto! ¡Si hubiera sido bueno me hubiera querido á mí como yo á él, es decir, con toda su alma y su corazón!

—¿No te quieren así tu marido y tu hija?

—No digo yo que no me quieren, pero ¡ay, señor cura, que no son como yo! ¡Y luego mi hijo debe tener ya 20 años, y será tan hermoso! ¡Y yo, sin poderlo ver, sin la esperanza de verlo nunca! ¡Esta idea me mata!

—Oyeme, Bárbara—dijo el cura acercándose más á la pobre mujer;—yo te diré el mal que

padeces, y luego te daré el remedio que necesitas.

Tú—continuó el anciano—tienes sed de amor; te conozco desde niña, porque soy mucho más anciano que tú; tu corazón no ha podido llenarse ni con el amor helado de tu marido, casi imbecil, ni con el de tu hija, pobre inocente, suave como la aurora; tu hijo te se asemeja más, y tú lo has comprendido con tu corazón de madre; el amor de tu hijo te hubiera hecho dichosa; hubieras querido verle casado á tu lado, y hubieras hallado en su esposa y sus hijos otra nueva familia á quien querer, porque á pesar de tu exterior áspero, tu corazón es una fuente inagotable de cariño.

—¡Ah, qué razón tiene usted, señor cura!—exclamó Bárbara mirando al anciano con admiración.—Es verdad, siento una sed en el alma que me devora, que me consume, que me mata.

—Dios te ha hecho así, pobre mujer—dijo el vicario;—acatemos su voluntad; Dios ha permitido el abandono de tu hijo; ofrécele ese dolor; él ha dicho: «el que quiera entrar en el reino de mi Padre, tome su cruz y sigame;» esa es la tuya; pídele fuerzas para llegar con ella al calvario.

Calló el anciano, y Bárbara dobló la frente absorta aún por el sonido de aquella voz vibrante; el párroco continuó:

—¿Ves ese cielo tan hermoso que cobija nuestras cabezas? ¿Ves esa luna, esas estrellas que nos alumbran? La mano poderosa que ha creado todas esas maravillas no puede dejar á sus criaturas racionales en los abismos del dolor; no puede desatendernos, y si el camino de la vida nos abruma es porque no miramos al cielo, que es su morada; á través de ese cielo azul, á través de esas estrellas luminosas, él nos mira y nos dice:—¡no os olvidéis de mí!

—¡Es verdad, padre mío! Cuando rezo me parece que se alivian mis pesares—dijo Bárbara pensativa.

—Si bajamos los ojos del cielo á la tierra y los dejamos errar alrededor nuestro, en todas partes hallamos también motivos de consuelo; el Señor cuida del roble más alto como de la más débil y pequeña planta, de la hormiga como del águila real, y nada hay que sea desconocido para su paternal mirada.

Bárbara no respondió nada; ya hacía rato que su mirada había descendido desde el cielo, adonde la había llamado el cura, á los dos alelíes que crecían en el huerto.

Ante aquella imagen de su desventura y de la ingratitud de su hijo, sus facciones habían vuelto á tomar la misma expresión desesperada que tenían desde que se había sentado en el jardín al caer de la tarde.

El vicario, viendo que guardaba silencio, la miró con pena.

—Señor cura—dijo ella por fin señalándole la planta de alelíes que crecía oscura y pobre al pie de la tapia:—mire usted lo que yo vengo á ver aquí.

El vicario miró al sitio que le indicaban, sin comprender al pronto lo que querían decirle.

—¡Esa planta, que hace ya años plantó mi marido, es para mí el retrato de ese pobre Calabaza que envejece y se muere en la miseria; y esa otra—añadió señalando á lo alto de la tapia, donde la otra planta se mecía á impulsos de la brisa de la noche—esa otra es el retrato de mi hijo, que ha subido tan alto que ya no quiere vernos.

—¡Veo que es imposible devolverte la razón, pobre mujer—dijo el cura con tristeza;—hay en tu alma un dolor incurable, una sed que sólo puede llenar el amor de Dios!

—¡Si yo pudiera ver una sola vez á mi hijo!—murmuró la desgraciada como hablando consigo misma.

El ministro del altar reflexionó un momento, y luego, dirigiéndose á Bárbara, dijo:

—Escucha: es en vano el que yo quiera darte consuelos, porque no los recibes; Dios, sin embargo, manda aliviar al que sufre; Dios, toda bondad y misericordia, me manda que te pro-

cure la dicha de ver á tu hijo; ¿quieres verlo?

—¡Dios mío! ¿Qué escucho? ¿Ver á mi hijo?— exclamó la pobre mujer levantándose con ademán extraviado.—¿Podré verlo? ¿Será esto posible?

—Sí—respondió el anciano con voz firme.

—¿Cuándo, cómo? ¡Ah, señor! ¡Yo no puedo creer en tanta dicha!

—Cree, pues, en ella, pobre mujer; al amanecer, si te hallas con fuerza para ello, saldrás de aquí con tu marido.

—¿Fuerzas yo? ¡Ya estoy fuerte, señor cura!— exclamó Bárbara levantándose ligeramente.— ¡Ah!—prosiguió.—¡Y á mí que no se me había ocurrido la idea de ir á Francia, aunque fuera pidiendo limosna! ¿Y yo soy buena madre? ¿Y yo digo que quiero á mi hijo?

—Vamos, calma, calma—dijo el señor cura temeroso de que la alegría alterase la razón de aquella pobre mujer;—te he dicho y te repito que al amanecer saldrás de aquí con tu marido para ver á tu hijo.

—¡Mariano! ¡Mariano!—gritó Bárbara precipitándose hacia la casa y llamando á voces á su marido.—¡Ven, ven, oye! ¡El señor cura dice que al alba iremos á Francia á ver á nuestro hijo!

Al acabar de pronunciar estas palabras, salió Mariano de la cocina y se halló bien pronto al

lado de su mujer, con Plácida, que también acudió á las voces de su madre.

—Calma, y escuchadme—dijo el cura moderando con una señal triste la loca alegría de Bárbara;—esta madrugada—prosiguió—partiréis para ir á París á ver á Mateo; Plácida quedará en casa de la sacristana hasta vuestra vuelta, pues en la mía no puede estar, á causa de vivir mi sobrino en mi compañía. Plácida tiene ya diez y seis años y Antonio veinte, y no pueden estar decorosamente bajo el mismo techo.

—Es cierto—dijo Bárbara—con la sacristana estará muy bien.

—Bárbara—dijo el vicario en voz baja;—amas con extremo á tu hijo y muy poco á esta pobre niña. ¡Quiera el cielo dejarte sin castigo!

Luego, alzando la voz, prosiguió:

—Yo quisiera daros el dinero bastante para que hicierais el viaje con alguna comodidad, pero no puede ser; sabéis que soy pobre, y en cuanto á mi hermana, que está mejor que yo, no me atrevo á pedirle la suma que necesitáis para ir de aquí á París, que siempre sería crecida; os prevengo, pues, que tendréis que ir á pie.

—Pues ¿quién lo duda, señor cura?—dijo Calabaza con su admirable sencillez.—¿Habíamos de pensar nosotros en viajar á lo señor?

—Es forzoso que tu mujer medite antes de

emprender el camino y vea si sus fuerzas le permitirán hacer tan largo camino.

—¡Oh, señor cura!—exclamó Bárbara en cuyos ojos brillaba la alegría.—¡Si ya me siento fuerte y buena sólo con pensar en que voy á ver al hijo de mi alma!

—No hay ya más que decir, pues—repuso el cura;—ahí tenéis diez duros que traje conmigo para socorremos, amigos míos; es cuanto tengo, y aun esa pequeña suma la he ido reuniendo con trabajo para vosotros; bien sé que no tenéis con ella para llegar á París; pero ahorradla lo posible, y si os falta, que el Señor os socorra como hace con los pajarillos: el alma que el dolor ha aniquilado sólo recobra su vida inmortal con el benéfico rocío de la esperanza.

—Vamos, Plácida—prosiguió el virtuoso anciano—di adiós á tus padres y vente conmigo, pues yo mismo quiero dejarte en poder de Petra.

La niña se precipitó deshecha en llanto en los brazos de su padre, que al abrazarla rompió también á llorar á lágrima viva.

Luego, separándola un poco de sí, se volvió á su mujer y la dijo con sentido acento:

—¡Mujer, abandonamos á una hija, que es buena, por ir en busca de un mal hijo.

—Quédate tú con Plácida y yo iré sola—dijo Bárbara con resolución.

—¿Dejarte sólo por esos caminos?—exclamó

Calabaza.—¡Eso sí que no! Hágase lo que desees, que el señor vicario cuidará de esta pobrecita.

Y Calabaza puso á su hija en los brazos de su mujer, que la abrazó con pasión, sintiendo dentro de su alma una cosa como un remordimiento.

Por su parte, Plácida no podía hablar; las lágrimas la ahogaban, porque aquel corazón amante y sencillo se desgarraba al pensar en lo poco que valía su amor para sus padres.

El vicario tuvo que separarla de los brazos de aquéllos, y la asió de la mano para llevársela.

—Bárbara, Mariano—dijo con voz solemne—volved pronto, lo más pronto que os sea posible, no olvidéis que aquí dejáis vuestra hija y vuestro hogar.

Dichas estas palabras echó á andar, llevando de la mano á la pobre niña.

Pero ésta, desprendiéndose de aquella suave presión, corrió de nuevo á sus padres y les dió otro abrazo más tierno, más estrecho, más desesperado, por decirlo así.

—Vamos, hija mía, no llores más, y así que llegues á casa de Petra reza un poco; la oración alivia.

—¡Ay, señor de mi alma—gimió la pobre Plácida,—que mis padres me dejan y el corazón me dice que ya no les veré más!

—Si tal es la voluntad de Dios, hija—respon-

dió el sacerdote—en mí hallarás otro padre, y mi familia será la tuya.

Al rayar la primera luz del alba, Mariano y su esposa salieron de la aldea y tomaron rápidamente el camino que conducía á la capital de Aragón.

Barbara parecía sana, rejuvenecida; la alegría brillaba en sus ojos y en su frente.

Su marido creía un sueño verla así alegre, animada como en los primeros años de su casamiento; pero en su interior se levantaba la tristeza, y un velo negro se extendía por todas las alegrías de su alma; es que aquel pobre sér, dotado de escasa inteligencia, tenía un noble y sensible corazón, un corazón leal que presentía el dolor y le adivinaba, como el ave marina presiente la tempestad.

Cuando los dos esposos trasponían un montecillo que terminaba las casas de la aldea, se vió retirar del camino una sombra esbelta; pero á los pocos pasos la sombra se desplomó sobre la hierba del valle.

Era Plácida que había salido á dar á sus padres un último y silencioso adiós; la buena sacristana la recogió en sus brazos y desabrochó su jubón para que volviese en sí.

En efecto, la pobre niña recobró el conocimiento á los pocos instantes.

—Vamos, Plácida—dijo la señora Petra—eso

no es ser razonable; ya volverán, y mientras tanto yo te querré tanto como ellos.

—¡Ay, señoral—murmuró la pobre niña:—¡el corazón me dice que no volverán, no!—repitió bajando la cabeza—¡no volverán!...

X

Al mismo tiempo, poco más ó menos, que dejaban su pacífica aldea los padres de Mateo para ir en su busca á la populosa capital del vecino imperio, aquel hijo desnaturalizado se hallaba en una de esas brillantes fiestas entre las cuales pasaba casi exclusivamente su vida.

Eran las dos de la madrugada, y el baile que daba el embajador de Inglaterra en la corte de Francia estaba en todo su apogeo.

Tres salones, llenos de hermosas mujeres, de cuyas cabezas, cubiertas de diamantes, salían rayos de luz, daban á la fiesta un aspecto verdaderamente fantástico.

Millares de luces reflejaban en los gigantescos espejos de Venecia que decoraban las paredes, alternando con soberbios tapices de sedería recamada de oro.

Todos los balcones daban á los jardines, y estaban abiertos porque era ya Mayo y la estación muy adelantada para bailes.

Pero si la atmósfera estaba algo pesada, en